



LA SEMANA CÓMICA.

DIRECTORES

LITERARIO. J. F. de la Reguera.	ARTISTICO. Ramon Escaler.
------------------------------------	------------------------------



NUESTROS ESCRITORES



POMPEYO GENER.

Este es Pompeyo Gener
un crítico de valer,
original y atrevido
y co-autor muy aplaudido



El contraste que forman el cuerpo obrero y los gobiernos de Europa, al prepararse uno y otros para el 1.º de Mayo, no puede ser más completo ni resultar más cómico.

Los obreros en sus periódicos, en sus *meetings* y por boca de sus jefes no se cansan de repetir que no habrá nada y que tienen interés en que la fecha ya famosa se celebre con toda legalidad y cordura.

Los gobiernos se arman hasta los dientes; el ejército se acuartela, las vías férreas y telegráficas se vigilan escrupulosamente poste por poste y traviesa por traviesa; la policía se cuenta, se recuenta y se vuelve á contar; no parece que Ravachol está delante de sus jueces, sino que Atila está delante de los muros de Roma.

—No tembléis—dice el obrero;—por esta vez os perdonamos la vida; queremos guardar la burguesa seriedad del burro; no se os tocará ni un pelo de la ropa.

—¡Guarda que es obrero!—exclaman los altos poderes. —No hay que dormirse en las pajas, que al freir será el reir, y donde menos se piensa salta la liebre.

Y el diálogo así comenzado puede seguir en la forma siguiente:

Obrero.—¿Qué liebre es esa? Demasiado sabéis que si alguna salta no es de nuestros talleres, sino de vuestras madrigueras, y que sin llegar á liebre, resulta un perfecto y bien mantenido gazapo.

Gobierno.—¿Qué quieres decir? Pues ¿y vuestras bombas de dinamita?

Obrero.—¿Cómo nuestras? ¡Ah! sí. Desde que Felipe Muñoz nos las regaló de vuestra parte.

Gobierno.—¿Y Ravachol? ¿Y Debats? ¿Y Ferreira?

Obrero.—Ravachol no es un obrero, es un criminal vulgarísimo. Debats y Ferreira son dos infelices con las alucinaciones que según la ciencia, padece todo hambriento y los castos amores del anarquista platónico, pero nada más.

Gobierno.—A otro perro con ese hueso. Los vigilantes de la Cárcel Modelo que ven de cerca á los feroces dinamiteros aseguran que llevan rabo...

Obrero.—Aun queda el rabo por desollar.

Gobierno.—Que llevan cuernos.

Obrero.—No hay que meterse en la vida privada.

Gobierno.—Que pasean sin tocar el suelo y montados en un escoba.

Obrero.—¡Hay que barrer tanto!...

Gobierno.—Que sus celdas huelen á azufre.

Obrero.—A azufre puede ser; pero lo que es á nitroglicerina...

Gobierno.—No me convencerás. Vosotros queréis dejar á las sociedades sin cabeza.

Obrero.—Y vosotros os coméis á las naciones por los pies.

Gobierno.—De modo que sois unos santos varones.

Obrero.—Por ahora sí; no os queremos hacer el juego. Sabemos que el menor de nuestros motines daría gloria fácil y barata á vuestros ministros, rápidos ascensos á vuestros generales, utilidad contante y sonante á vuestra policía.

Gobierno.—Entonces, ¿qué pedís?

Obrero.—No pedimos nada; al contrario, queremos daros mil y mil gracias á todos los burgueses. A los gobiernos, por la importancia que conceden á nuestras pobres y humildes personas, al ejército porque nos hace el honor de medir sus fusiles de repetición con nuestras inofensivas herramientas de trabajo, á la prensa porque nos hace la propaganda sin que nos cueste un ochavo. Ella nos da gratis la receta para la fabricación de explosivos, ella nos transmite la opinión de nuestros jefes sin que estos se incomoden en visitar los centros obreros, ella mantiene la unión entre nosotros y el miedo entre la burguesía sin que tengamos que salir para nada de nuestros talleres, donde ganamos el honrado jornal... ¡Gracias! ¡mil gracias á todos!

Gobierno.—¡Qué disgusto he de daros si os movéis una línea!

Obrero.—¡Qué chasco os vais á llevar si nada ocurre el 1.º de Mayo!

¡Horror de horrores!

Entre los proyectos que guarda la comisión de presupuestos para aumentar el pobre y desmayado de ingresos, figura la supresión de la franquicia de Correos que era una verdadera ganguita, para los madrileños sobre todo.

De seguro que, al enterarse de la idea, han temblado los diputados y los amigos de los diputados y los conocidos de los amigos de los representantes del país; porque no hay nada que una tanto á los hombres en la corte como el sello azul, redondo, simpático y coronado que usan las cartas afortunadas.

Cuando un diputado dice en el café, en el círculo, en el paseo ó donde quiera que esté rodeado de amigos: «Yo voy al Congreso», los amigos le sugetan, sacan del bolsillo cartas y más cartas y le dicen:

—Hombre, á propósito, ¿hace el favor de echarme esto al buzón?

Y si los ugières del Congreso no estuvieran curados de espanto, exclamarían de seguro viendo como los padres de la patria se desbalijan los bolsillos:

—Pero este hombre ¿es un diputado ó es el autor del Epistolario español?

En los tiempos que corremos, muchas personas hay que ni apadrinan ni rechazan el hongo, pero que son amantes de la *gorra*, no por lo que economiza, sino por lo mucho que viste.

Ir al teatro con billete de favor, enviar cartas con el sello del Congreso, viajar con tarjeta de libre circulación, ó aunque sea como los mendigos, con billetes de socorro... ¿dónde hay cosa como esa?

Gastar el dinero en tales y otros menesteres es señal de cursilería y de no ir á ninguna parte.... si no es pagando.

De modo que la franquicia de correos es una cuestión de dignidad para los que de ella disfrutan.

No por el huevo, sino por el fuero.

Por consiguiente, hablemos con franquicia.

Si es la distinción y no la economía lo que buscan los representantes del país y demás seres afortunados ¡que no se suprima el sello del Congreso!

Pero que cueste doble que los engomados.

LUÍS ROYO VILLANOVA.

NIEVE Y CARBON

PARA EL ALBUM DE DOS HERMANAS ANDALUZAS

I

Yo sé que los que te adulan
á la nieve te comparan,
y sé tambien, niña bella,
que sin quererlo te agravian.
Pobre de tí si de nieve
te hubiese Dios dado el alma,
para los afectos, dura,
para los halagos, blanda.
Que ella lentamente cae,

agosta flores y plantas,
y siendo á la noche hielo,
el sol la convierte en agua.

II

Tú en cambio, morena, lloras
no haber nacido más blanca,
temiendo que juzgue el mundo
tu corazón por tu cara.

Deja que el mundo murmure,

ya que, esclavo de tu gracia,
de la amorosa cadena
los eslabones arrastra.

Y cuando algun envidioso
te atormenta con sus chanzas,
di que el carbón es más negro
mucho más que tu tez pálida,
y apenas se enciende, brilla,
y apenas se toca, abrasa.

MANUEL DEL PALACIO.

EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS

A una pobre viuda que sufría
el inmenso martirio
de ver cómo la fiebre consumía
á un hijo á quien amaba con delirio,
con horrible y cruel indiferencia
el médico decía:

—Traiga de la farmacia con urgencia,
lo que en este papel he recetado,
si no quiere, señora,
que ese niño perezca aniquilado
por la fiebre tenaz que le devora.

Salió el doctor, y la infeliz viuda,
al ver que la miseria le vedaba
adquirir lo que el médico mandaba,
de la pena más ruda
sintió el ultraje fiero;

quedó un instante contemplando á su hijo,
y—¡Aunque tuviera que robarlo!, dijo,
encontraré dinero.

Y resuelta, animosa,
fosforescente la pupila inquieta,
oprimió entre sus manos la receta
y se marchó á la calle presurosa.

Se puso en una esquina,
y de toda la gente que pasaba
la infeliz imploraba
un socorro para una medicina;
pero los transeúntes, poco amigos
de oír calamidades,
se quejaban de las autoridades,
porque dejan pedir á los mendigos.

Un hombre depravado,

LA SEMANA COMICA
EL PRIMERO DE MAYO, por Cilla.

260



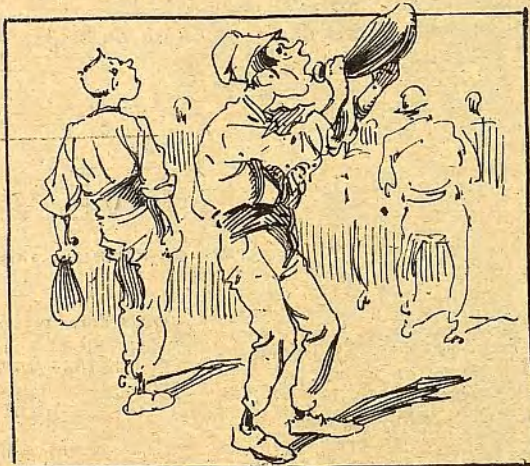
Un chico burgués y tímido encontró el otro día el siguiente programa anarquista para el 1.º de Mayo, que me leyó lleno de terror.



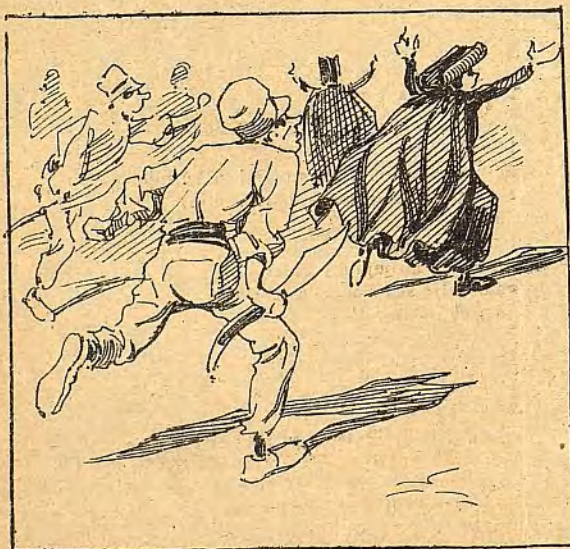
A las 7 de la mañana se lavarán todos los individuos del partido con aguarrás caliente:



y enseguida darán dos ó tres patadas á sus mujeres para recobrar la elasticidad del sistema muscular.



A las 10: una *mijita* de peleón, para ponerse en tesitura.

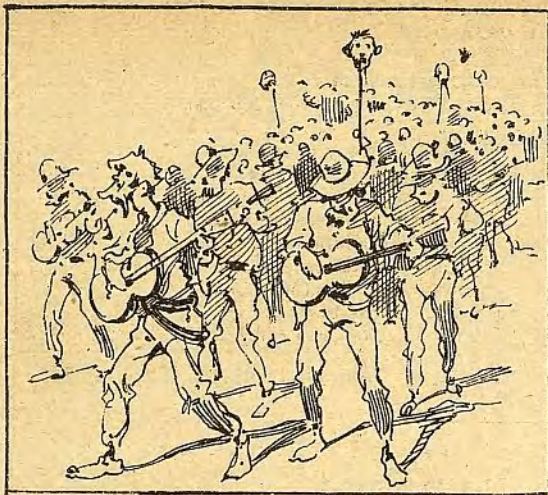


A las 12: sangrienta y encarnizada persecución del clero.



A la 1: quema en las plazas públicas, de los títulos de la deuda y de la Biblia de Carulla.

LA SEMANA COMICA
EL PRIMERO DE MAYO, por Cilla.



A las 2, recorrerá las calles la distinguida banda de guitarras titulada «El proletariado vengativo.»



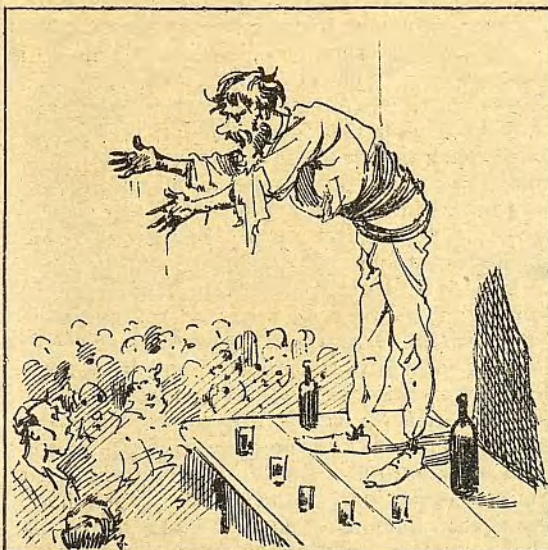
A las 3: exterminio de la burguesía por raros y caprichosos procedimientos.



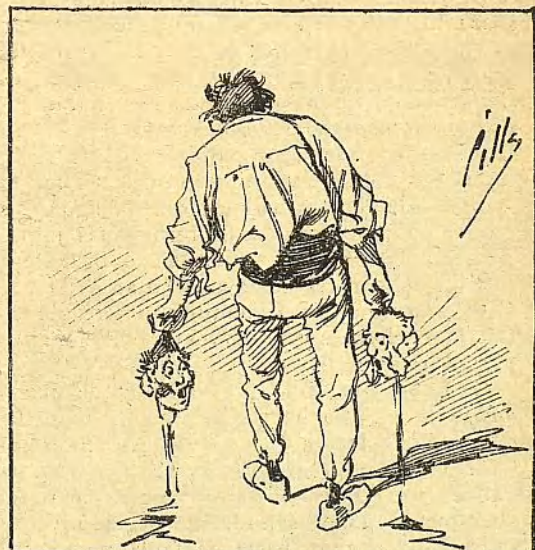
A las 4: persecución de los burgueses que, valiéndose de disfraces, pretendan escapar á la ira popular.



A las 5: voladura, por medio de la tan acreditada dinamita, de los edificios públicos y privados.



A las 7 de la tarde: discursos de gracias, por los jefes de pelotón, encomiendo la equidad, aseo y desinterés con que se ha verificado la matanza.



Y á las 8: cada anarquista regresará á su casa, llevando, por lo menos, un par de cabezas de burgués, para la alimentación del gato.

la dijo con cinismo refinado:

—¿Sabes que eres hermosa?

(Y en verdad que lo era, pero con la hermosura de la rosa que troncha airada la borrasca fiera! Después, aproximándose á su oído, la dijo unas palabras tan extrañas, que la pobre mujer sintió un latido que agitó bruscamente sus entrañas. Víctima del dolor más espantoso, estrujó entre sus manos la receta, y un pensamiento horrible, monstruoso,

como aguda saeta

se clavó en su cerebro tenebroso.

Cuando, triste y cansada, á su casa llevó la medicina, sobre el lecho del niño desplomada cayó, como la errante golondrina después de una larguísima jornada.

Luego, al verse en el mundo pobre y sola, el retrato miró de su marido.... y su rostro abatido se tiñó del color de la amapola.

ENRIQUE JIMENEZ DE QUIROS.

LAS DE LA FABRICA

Retoando, riendo, hablando á gritos, cruzándose entre ellas regocijadas bromas, divirtiéndose con todo el que pasa, contestando con desaire á los chicoleos que les disparan sin detenerse los cocheros que se dirigen á sus puntos y los albañiles que van á sus obras, un grupo de mujeres de pueblo aguarda arremolinado bajo la farola vecina á las calles de la Montera y Carretas la llegada del tranvía del Hipódromo; en el alborotado pelotón predominan los veinte años, abundan las jóvenes; todas lucen enormes patillas y emperregilado flequillo que remata en un pico de pelo; visten con pobreza, humilde falda y mantón, y llevan caído el pañuelo de la cabeza para enseñar el artístico peinado; la mayoría calzan bien; se observa una exquisita pulcritud, algo como delectación por sus pies, y en general asciende de sus personas, contrastando con lo miserable de su aspecto, cierta singular coquetería. El reloj del ministerio de la Gobernación lanza ocho vibrantes campanadas, en la plaza aparece un coche amarillo que dá la vuelta en torno de la fuente: es el que esperan; un estremecimiento recorre el bullicioso pelotón de artesanas; las más arrimeras le salen al encuentro, tomándolo por asalto antes de que pare; por fin el enorme vagón hace alto, y atropellándose unas á otras, llamándose, chillando, con un estrépito de muchas gallinas que se agolpan á un mismo lugar, invaden las turbulentas jorraleras las plataformas y llenan en un instante el interior del carruaje, que vuelve á arrancar y se aleja *soltando* de sus ventanillas rumores de voces de muchachas y henchido de bulliciosa alegría. Son las cigarreras.

En lo externo, en lo que constituye su silueta *dibujable*, el tipo ha seguido como no podía menos, la evolución de los tiempos; se ha transformado con el progreso; pero en su esencia, en lo que tiene de sustancial, permanece puro é inalterable; el modernismo ha conseguido variar su traje, ha llegado hasta su falda, pero se ha detenido impotente ante su espíritu. Por dentro la operaria de la fábrica continúa tan manola

como en aquellos días gloriosos de los franceses; su alma es siempre idéntica, siempre española. La cigarrera madrileña es una mujer dispuesta, menuda, bien plantada, de actitudes resueltas, de andar airoso, de manos listas, que lo mismo se arrebuja el mantón de cuadros, que se lía un pitillo, que le atiza á cualquier atrevido dos bofetadas; su rostro posee una expresión suprema; sin necesidad de hablar, dice lo que quiere con una mirada ó con un gesto, y antes de ponerse en jarras para refir con cualquier comadre, ya la ha insultado con un guiño de ojos socarrón ó con un pliegue de su boca desdefiosa. La cigarrera madrileña sonríe por nada; le gusta lucir la dentadura blanquísima y sus aspiraciones no pueden ser más modestas; para ella el símbolo de la felicidad lo forman unas botitas de charol, un buen peinado con tufos, rematado sobre la frente en un cubilete, un chulo que la quiera y que sepa tocar la guitarra y un tiesto de claveles en la ventana de su buhardilla; lo pequeño, lo insignificante, lo humilde, la dicha del apartamento, la del rincón, he aquí la aspiración constante de su vida; sueña con un corazón, pero no suele soñar con la riqueza.

No hay nada más indomable que la cigarrera madrileña; tiene algo de la gota del mercurio, que al fin se va por donde le place; posee la naturaleza independiente del gato; jamás se humilla; se deja acariciar, pero saca las uñas; únicamente ante un chulo se siente esclava y por él sisa en la fábrica y para él no la faltan nunca cinco duros, á pesar de no exceder su jornal de dos pesetas. Goza fama de mal hablada y la fama no se equivoca; la cigarrera madrileña jura como un carretero, es desvergonzada, cínica, picante, incisiva; hállase dotada de una imaginación muy viva y pronta para calificar con una sola frase; acentúa siempre sus palabras con un retintín sarcástico y no puede ver á los señoritos, á los «silbantes», como ella les llama; sus dedos ágiles constituyen su fortuna; su lengua de aguijón su defensa; alguna vez las enfermedades le paralizan los primeros, y la miseria la

estrecha entonces y apenas si puede vivir, pero vive; la segunda no se le atrofia nunca: se moriría en el acto.

La infeliz cigarrera se sostiene con un modesto jornal, con unas cuantas pesetillas, que apenas si le bastan para atender á sus más penosas necesidades en este Madrid tan caro; no se queja nunca y lo pasa resignada y conforme con su suerte; quizá dé suelta á sus lágrimas en las coplas con que ameniza sus tareas... Su natural es noble, recto, espontáneo, desprendido; no hay nada más generoso que su pecho;

resulta brava, pero buena; en todos los trances solemnes de la vida ofrece pruebas de un desprendimiento admirable, y se adivina en sus arranques con la desgracia un pecho henchido de ternura... Los pobres hijos de «la fábrica» no se quedan nunca sin madre; cuando muere la que les dió el sér, no falta alguna compañera que se encargue de ellos, que comparta con el niño huérfano el honrado pedazo de pan del trabajo... La cigarrera gana un exiguo haber; Dios, sin embargo, la ha concedido mucho oro, pero se lo ha puesto en el corazón.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

PROPOSITOS DE ENMIENDA

Lucía es una chica
muy pizpireta
y de ella mil historias
de amor se cuentan;
historias por las cuales
su honra y su fama
no salen de los labios
muy bien libradas.
Pero ella, siempre firme,
sigue en sus trece,
y á cuantos la requiebran
á tantos quiere.
Y no son inocentes
estos amores,
pues se cuentan y afirman
cosas atroces,
y es en el pueblo cosa
fuera de duda
que no hay mujer como ella
tan disoluta....
Pero Lucía sigue
firme en sus trece
y á todos estos chismes
indiferente.

Llegado que hubo el tiempo
de la Cuaresma,
fué, del confesonario
tras de la reja,
á relatarle al cura
todas sus faltas,
sin omitir ninguna,
ni aún la más vana.
Y cuales no serian
las faltas suyas
que causaban rubores
al mismo cural

Este, en un periquete,
sudando tinta,
le endilgó una solemne
ruda filípica.
Le habló de Dios, del cielo,
de los deberes,
del infierno, del hombre,
de las mujeres,
del pecado, de rezos
glorias y culpas....
¡De todas esas cosas
que hablan los curas!
—Es menester, le dijo,
pobre Lucía,
que al Señor le consagres
todos tus días.
Y si es que haces de enmienda
firmes propósitos,
entonces, hija mía...
ego te absolvo.

Se levantó la chica
del frío suelo
y tras de las usadas
salves y credos,
de nuevo hácia su casa
tomó la vuelta,
limpia de toda falta,
limpia y absuelta.

Durante algunos días
nada se dijo
de culpables amores
torpes é ilícitos.
Pero al cabo las aguas,
tras de algún tiempo,
dice el refrán, que vuelven

por donde fueron.
Volvieron las hablillas
y comentarios
y volvieron los mismos
cuentos de antaño...
El padre cura entonces
llamó á Lucía
y con acento henchido
de santas iras:
—¿Así es como te enmiendas,
mujer liviana?
¿Volviendo á los pecados
y á las andadas?
—Calmaos, padre mío,—
dijo Lucía.
Yo á la oración dedícame
durante el día.
*Ya lo sabes, dijisteis,
ayunos, rezos...*
y yo en rezos y ayunos
me paso el tiempo.
Consagra á Dios tus días,
y así lo hago,
y mis días enteros
se los consagro.
—Entonces, ¿por qué dicen?...
—Porque las noches
se las consagro enteras
á mi buen Roque;
mas no peco, que al darme
la penitencia,
no han entrado las noches
en esa cuenta.
Consagra á Dios tus días
y así lo hago,
¡mas las noches, á Roque
se las consagro!

M. AMOR MEILÁN.

LO MAS SEGURO

Llegó Juanillo á cansarse
de su vida desdichada
y ayer por la madrugada
salió dispuesto á matarse.

Se fué al mar y en la corriente
lanzóse obstinado y fiero,
mas lo advirtió un marinero
y lo salvó diligente.

En su decisión formal
luego un arma preparó,
contra el pecho disparó,
y al fin... ¡nadad cargó mal.

Volvió á casa de ira rojo,
con el intento de ahorcarse,
pero al ir á estrangularse
rompió el cordel, que era flojo.

Postrer recurso ensayó,
empeñado en su porfía;
fingió que algo le dolía
y á su médico llamó.

De saber haciendo alarde
lo pulsó Don Nicomedes,
y... Les participo á ustedes
que el entierro es esta tarde.

PASCUAL MONTAGUT.

NOVEDADES TEATRALES, por Escaler.



BARBA ROJA

(Drama en 3 actos y en verso, original de D. Federico Soler).

B U M - B U M

(DE JULES CLARETIE).

El niño seguía extendido, pálido, en su camita blanca, y con aquellos sus ojos agrandados por la fiebre, miraba ante sí continuamente, con esa fijeza extraña de los enfermos, que parecen ver algo que los demás seres no alcanzan á distinguir.

La madre, al pié de la cama, mordiéndose los dedos para no romper en sollozos, seguía, ansiosa, apuñaleada por los sufrimientos, el progreso de la enfermedad sobre la pobre carita enflaquecida del pequeño, y el padre, bravo y forzado obrero, volvía á hundir en sus enrojecidos ojos las lágrimas que le abrasaban las pupilas.

Y el día apuntaba claro, plácido, sereno; un hermoso día de Junio, que entraba en el estrecho cuarto de la calle de las Abadesas, en donde se moría el pequeño Pedrín, el niño de Jaime Legrand y de Magdalena, su mujer.

Tenía siete años: era rubio y sonrosado, ¡y tan vivo, tan alegre como estaba hacía tres semanas escasas! Pero la fiebre hizo presa en él; trajéronle una noche de la escuela con la carita roja y las manos muy calientes. Y después... allí yacía, el pobre, tendido en aquella cama; y á veces, en sus delirios, decía contemplando sus zapatitos que la madre había cuidadosamente colocado en un rincón del cuarto:

—Ya los podéis tirar... ya no me los pondré más... ya no iré á la escuela nunca: nunca más...

Entonces el padre decía, gritaba... «¿Quieres callarte?» y la madre corría á apretar su cabeza rubia, extremadamente pálida, contra la almohada, para que el pequeño no la oyera llorar.

Aquella noche el niño no había delirado, pero hacía dos días inspiraba viva inquietud al médico por una especie de abatimiento parecido al abandono en que había caído, como si á los siete años el enfermo hubiera ya sentido el cansancio de vivir. Estaba aplanado, silencioso, triste, moviendo su flaca cabeza sobre la almohada, no queriendo tomar nada, no teniendo ya ni una sonrisa sobre aquellos sus labios descoloridos y con los ojos fijos buscando, viendo no se sabía qué, pero algo allá... muy lejos...

—¡Allá arriba, quizás!—pensaba Magdalena estremeciéndose.

Cuando se intentaba hacerle tomar un sudorífico, una tisana, un jarabe, él lo rechazaba. Lo rechazaba todo.

—¿Quieres, algo, Pedrín?

—No: no quiero nada.

—Es preciso, sin embargo, sacarle de ese estado,—había dicho el doctor. Este abatimiento me asusta. Ustedes, que son sus padres, le conocerán mejor que nadie. Busquen Vds. algo que reanime este cuerpecito, que llame á la tierra este espíritu que parece ahora como perdido entre nubes.

Y después partió.

—¡Buscar!

Si: indudablemente ellos conocían bien á su niño, las pobres gentes! Ellos sabían cuánto le gustaba salir al campo los domingos y entrar, de vuelta la ciudad,—á donde tornaba siempre en brazos del padre,—en el Circo, donde gozaba tanto como gozar pudieran los niños ricos, que allí acudían también todas las fiestas...

Jaime Legrand había comprado á Francisco pliegos de aleluyas, soldados, sombras chinescas. El los recor-

taba, poníalos sobre la cama, les hacía bailar ante sus ojos y con unas ganas muy grandes de llorar intentaba hacerle reír.

—¿Ves? Esto es un puente... Laralí, laralí... y este... este es un general. ¿Te acuerdas de cuando vimos uno, con su caballo y su escolta, en el bosque de Bolonia? Si tomas hoy tu tisana, yo te compraré uno de veras, con su uniforme de paño y unas charreteras de oro... ¿Quieres, quieres un general?

—No,—respondía el niño con la voz seca que da la fiebre.

—¿Quieres una pistola... unos bolos... un teatro?...

—No,—respondía la vocecita, siempre dura y hasta cruel.

Y á todo cuanto se le decía, á cuantos halagos, á cuantas promesas intentaban hacérsele, la vocecita respondía invariablemente: «¡No, no, no!»

—Pero ¿qué es lo que quieres, hijo de mi alma?—preguntó la madre. A ver: yo sé que hay una cosa que á ti te gustaría tener... Dilo, dímelo... á mí... ¡á tu mamá!

Y colocaba su mejilla sobre la almohada del enfermito y le decía esto al oído, dulcemente, como quien dice un secreto.

Entonces el niño en un arranque fiero, incorporándose en la cama y extendiendo una mano ávida hacía no se qué cosa invisible que parecía contemplar, dijo de repente con un tono firme, á la vez suplicante é imperativo:

—Yo quiero á Bum-Bum.

II

¡Bum-Bum! La pobre Magdalena miró á su marido con desesperación. ¿Era aquello el delirio, el maldecido delirio que reaparecía?

¡Bum-Bum!

Ella no sabía lo que esto quería decir y se sentía atemorizada por aquellas palabras, que el niño, sin embargo, repetía con un dejo monótono y enfermizo, como si no habiéndose atrevido hasta aquel momento á formular su deseo, se encerrara entonces en una obstinación invencible.—Si, ¡Bum-Bum! ¡Bum-Bum! ¡Yo quiero á Bum-Bum!

La madre había asido nerviosamente la mano de Jaime, diciéndole como alocada:

—¿Qué quiere decir eso, Jaime? El niño empeora.

Pero el padre dejaba ver en su ruda fisonomía de trabajador una sonrisa á la vez de felicidad y de asombro, como la del condenado que entrevé una posibilidad de libertad.

¡Bum-Bum! El se acordaba bien de cuando, en la noche del lunes de Pascua, llevó á Periquín al Circo. Todavía resonaban en sus oídos los arranques de alegría del niño, su hermosa risa de pilluelo divertido, cada vez que el clown, el alegre clown de lentejuelas doradas, con una mariposa grande pintada en el dorso y otra en el pecho de su traje negro, daba una carrera á través de la pista, ó hacía resonar una bofetada en la cara de algún compañero, ó lanzaba al aire los sombreros de fieltro blanco, que recogía luego diestramente con la cabeza, haciéndoles formar una pirámide. Y á cada vuelta, á cada ejercicio, como un estribillo que alegraba aquella su cara picaresca y simpática, lanzaba el clown el mismo grito, repetía la misma palabra, acompañada á veces por un rum-rum de la orquesta:

—¡Bum-Bum!

¡Bum-Bum! Y siempre que él, Bum-Bum, salía a la pista, el Circo estallaba en ¡bravos! y el pequeño se desternillaba de risa. ¡Bum-Bum! A este Bum-Bum, al clown del Circo, al ídolo de toda una generación de chiquillos, era al que quería ver el enfermo.

Aquella noche Jaime Legrand le llevó al niño un clown articulado, lleno todo él de lentejuelas, que había comprado en un bazar, á precio muy subido. ¡El importe de cuatro de sus jornales de obrero mecánico! Pero él habría dado veinte, treinta, habría dado el precio de todo un año de su trabajo por tal de llamar una sonrisa á los labios del chiquitín.

El niño miró un momento el juguete que brillaba bajo sus vestiduras blancas; luego tristemente:

—Este no es Bum-Bum. Yo quiero ver á Bum-Bum, dijo.

¡Ah! ¡Si Jaime hubiera podido envolverlo en las ropas de la cama, llevárselo, llevarlo al Circo, enseñarle al clown bailando bajo el resplandor de las luces encendidas y decirle: «¡Mira!»

Pero hizo más. Fuése al Circo, pidió la dirección del clown, y tímido, temblándole las piernas de emoción, subió una á una las escaleras que conducían á la habitación del artista, en Montmartre. Muy atrevido era lo que iba á intentar. Pero, después de todo, los cómicos van á cantar, á representar monólogos á casa de los grandes señores, á los salones. Quizá el clown—¡oh, pidiérale cuanto le pidiera!—consentiría en ir á ver á Perico. Aunque ¿cómo iba á ser recibido él, Jaime Legrand, allí, en casa de Bum-Bum?

Pero ¡aquel no era Bum-Bum! Era el señor Moreno; y el camarín artístico, los libros, los cuadros, que adornaban la habitación daban tono señorial á la vivienda de aquel caballero, que recibió á Jaime en su gabinete, parecido al de un médico.

Jaime miraba, no conocía al clown y volvía y revolvió entre sus dedos su sombrero de fieltro. El otro esperaba. Entonces el padre se disculpó. Era asombroso, si señor, asombroso, lo que iba él á pedir allí... Que le dispensase... pero ¿sabe usted?... se trataba del niño... ¡Un hermoso niño, caballero! ¡Y tan inteligente! Siempre el primero en la escuela, en todo, menos en la Aritmética, que no le entraba... Y era un ambicioso, aquel pequeño, vea usted... sí, un ambicioso... Y la prueba... vea usted... la prueba...

Jaime, sin embargo, vacilaba, balbuceaba; reunió luego todo su valor y dijo bruscamente:

—La prueba es que quiere verle á usted, que no piensa más que en usted y que pide tenerle ante sí, como á una estrella que querría contemplar, que no se le aparta de la imaginación...

Cuando todo tembloroso, acabó el padre, tenía la frente cubierta de sudor. No se atrevía á mirar al clown, que á su vez no apartaba de él los ojos. ¿Qué iba á contestarle Bum-Bum? ¿Iba á despedirle, á tomarle por un loco, á ponerlo en la puerta de la calle?

—¿Usted vive?... preguntó al fin Bum-Bum.

—¡Oh! ¡Aquí cerca! Calle de las Abadesas...

—¡Vamos! dijo el otro. ¿Quiere ver á Bum-Bum su niño de Vd.? Pues bien: á Bum-Bum verá.

III

Cuando la puerta se abrió ante el clown, Jaime Legrand gritó alegremente á su hijo:

—¡Perico, hijo mío! ¡Mira, mira á Bum-Bum!

Y el niño dejó ver en su cara como un resplandor de alegría, y se incorporó apoyado en el brazo de su madre, y volvió la cabeza hacia los dos hombres que llegaban. Indagó un momento al lado de su padre,

quien era aquel señor de gabán, cuya alegre cara le sonreía y á quien él no conocía. Y cuando le dijeron: «Este es Bum-Bum», dejó caer lenta y triste su cabeza sobre la almohada y volvió á hundirse en aquella especie de sopor que martirizaba á los padres.

—No, contestó el niño con voz que ya no era seca, pero sí desolada y triste. Este no es Bum-Bum.

El clown, de pie al lado de la cama, dejaba caer sobre aquella cara de niño enfermo una mirada profunda, grave y de infinita dulzura.

Levantó la cabeza, miró al padre ansioso, á la madre desolada, dijo sonriendo: «Tiene razón: este no es Bum-Bum», ...y salió.

—Ya no le veré... No veré más á Bum-Bum, repetía entre tanto el niño, cuya vocécita parecía hablar á los ángeles. Bum-Bum está allá... allá arriba... y yo iré á ver á Bum-Bum.

Y de repente—media hora haría escasamente que el clown había desaparecido—bruscamente, abrióse la puerta como antes y con su traje negro recargado de lentejuelas, el gorro picudo sobre la cabeza, la mariposa de oro sobre la pechera y en la espalda, con una ancha sonrisa que le agrandaba la boca, y la cara cubierta de harina, Bum-Bum, el verdadero Bum-Bum el Bum-Bum del Circo, el Bum-Bum del pequeña Pedrito, Bum-Bum apareció. Y sobre su camita blanca, con alegrías de vida en los ojos, riendo, llorando, dichoso y reanimado, palmoteó el niño, gritó: ¡bravo! y dijo con aquella su alegría de siete años, disparada y estrepitosa:

—¡Bum-Bum! Este, este es. Este es Bum-Bum. ¡Viva Bum-Bum! ¡Hola, Bum-Bum!

IV

Cuando aquel día volvió el doctor, encontró sentado á la cabecera de la cama á un clown de cara blanca que hacía reír y más reír al pequeño y que le decía mientras revolvió un trozo de azucar en el fondo de una taza de tisana.

—Ya sabes: si no te la bebes toda, toda, Bum-Bum no volverá más.

Y el niño bebía.

—¿Verdad que está buena?

—Muy buena. Gracias Bum-Bum.

—Doctor—dijo el clown al médico. No tenga Vd. celos... Pero me parece que mis muñecas le hacen tanto efecto como sus recetas de Vd.

El padre y la madre lloraban; pero esta vez era de alegría.

Y hasta que Periquín estuvo bueno y levantado, un coche se detuvo todos los días ante la modesta casa del obrero de la calle de las Abadesas, y un hombre descendió de él envuelto en un paletó, con el cuello levantado, bajo el cual iba vestido como para el Circo, y con la alegre cara enharinada y fea.

—¿Cuánto le debo á Vd., caballero? dijo al fin Jaime Legrand al clown cuando el niño hizo su primera salida. Porque, al fin y al cabo, yo le debo á Vd. algo...

Y el clown tendió á los padres sus dos grandes manos de Hércules bondadoso.

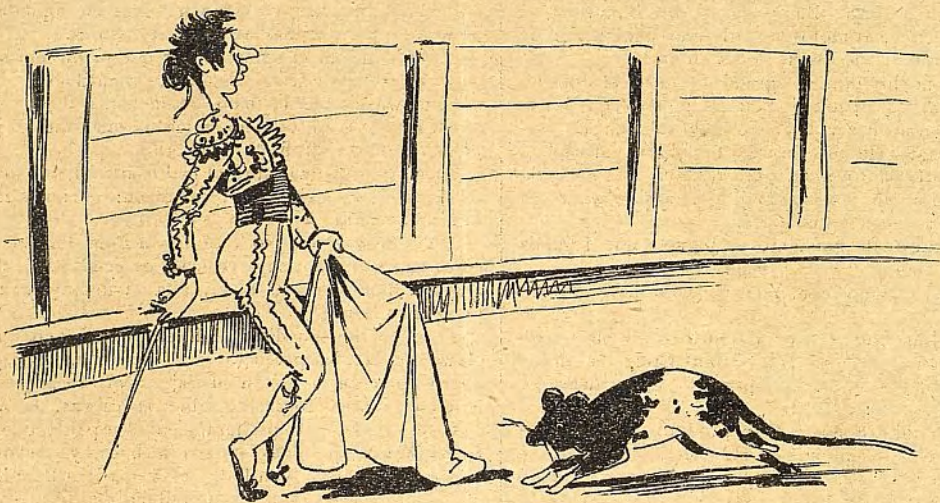
—Un apretón de manos dijo.

Después, depositando dos besos en las mejillas ya sonrosadas otra vez, de Periquín:

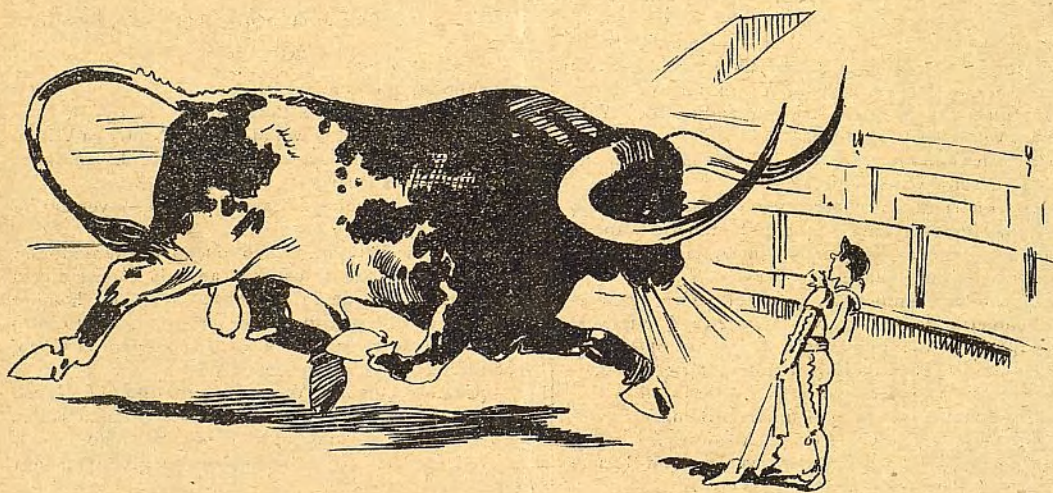
—Y el permiso—añadió riendo—de poner en mis tarjetas de visita: BUM-BUM, doctor acróbrata y especialista en enfermedades de niños.

Por los gazapos de la traducción,

J. FERNANDEZ DE LA REGUERA.

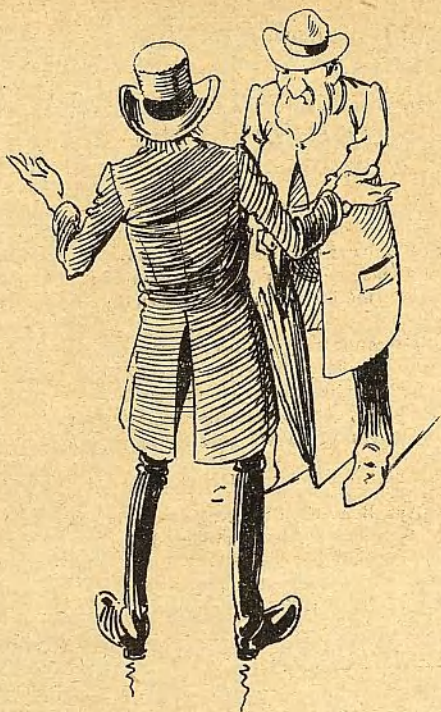


Como se ven los toros desde el tendido.



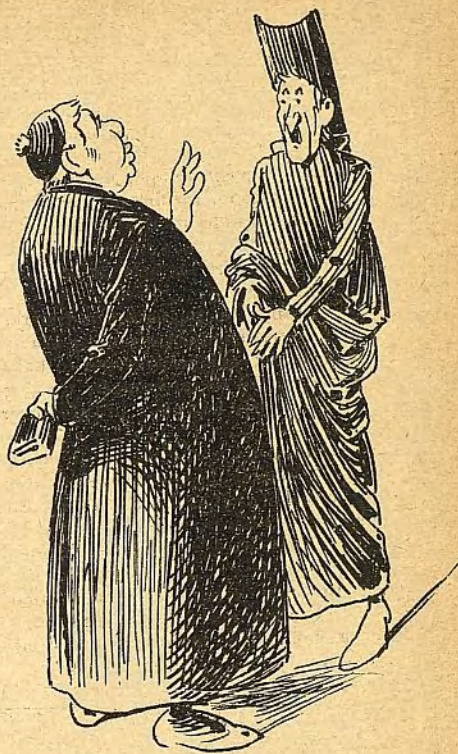
Como se ven desde el redondel.

LA SEMANA COMICA
EN SECRETO... por Escaler.



—Porque, vamos á ver: ¿qué vendrá tras el 1.º de Mayo?

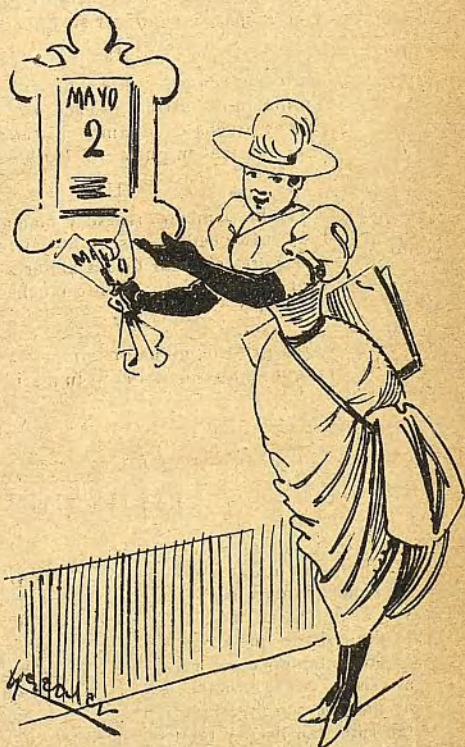
—Eso digo yo, D. Tadeo: ¿qué es lo que va á venir tras el 1.º de Mayo?



—... pero lo que á mí me preocupa es pensar en lo que va á venir aquí tras el 1.º de Mayo...



Porque, señores diputados, vendrá el 1.º de Mayo y eso ya todos lo sabemos: pero ¿qué es lo que vendrá después?



En secreto, y bajo el sello de la mayor reserva, go el honor de poner en conocimiento de Vds. qu que inmediatamente vendrá tras el 1.º de Mayo ser día 2 de Mayo.

LA CLASE MEDIA

I

Cual infausta reliquia de otras edades,
que por fortuna no volverán,
subsisten las eternas rivalidades
que hoy son germen de tantas iniquidades
como en los tiempos del padre Adán.

El capital, en pugna con el trabajo,
sostiene guerra sorda y cruel;
y al luchar encubiertos y por lo bajo,
ni vencen los de arriba ni los de abajo,
ni hay desenlace ni habrá cuartel.

Cunden los partidarios de la anarquía.
nuncio de horrible revolucion;
y lo que el pueblo llama «la burguesía»
siente los estertores de esa agonía
que nace al grito de rebelión...

En tanto, la piqueta del socialismo
mina incansable la sociedad;
al combatir el hombre contra sí mismo,

vamos rodando todos hacia el abismo,
con espantosa velocidad...

II

Al fin de la tarea demoledora,
si el pueblo rompe su esclavitud.
pronunciará esta frase consoladora:
«La clase media, siempre trabajadora,
fué respetada por su virtud.»

Descenderá del trono la tiranía,
ya de su imperio llegado el fin,
y seguirá entre tanto «la medianía»
con la ley del progreso por lema y guía,
con el trabajo para festín...

III

¡Ay! ¡Bendita mil veces la clase media,
dulce elemento moderador,
que, enfrente del peligro que nos asedia,
conoce nuestros males, y los remedia
con el trabajo para consolador!

CARLOS MIRANDA.

ALFILERAZOS

I

Rechazaste, mujer, con frase dura
el beso que mi labio te brindaba...
A eso le llamas tú ser siempre pura,
y se llama, en rigor, ser siempre pava.

II

No me acuses, ingrata, de cinismo.
Lo dictan del carifio los excesos.
¿No es prueba de mi amor mi *pesimismo*,
si lo que más te gusta son los besos?

III

¿Te ha llamado grosero y mamarracho?
Pues tuya puede ser, si tú lo quieres;
no esperes el amor de las mujeres
cuando digan de ti: ¡Pobre muchacho!

IV

¿Al grito de mi amor te muestras sorda
porque es guarda del coto tu marido?

¡Pues si todos los guardas han nacido
tan sólo para hacer la vista gorda!

V

De rodillas, doblada la cintura,
abren la espita de tu amor tirano...
Ya te ha dado permiso el señor cura...
¡Puedes darla besitos en la mano!

VI

Un rizo te pidió. Con puro anhelo
cercenaste por ella tus guedejas.
Ahora resulta que te toma el pelo...
Tienes la culpa tú. ¿De qué te quejas?

VII

¿La niña te ha plantado? ¡Tonterías!
¿Que en sus ojos tu espíritu se lleva?
¡Cómprate un alma nueva!
Eso hace la mujer todos los días.

JOSÉ MARÍA DE LA TORRE.

DELANTE DE MI RETRATO

Ahora que mirando estoy
mi exacta fotografía,
veo al fin, Elena mía,
lo desgarbado que soy.

Como tan poco me veo
al espejo, era ignorante
de que fuera mi semblante
tan ruin, tan flaco y tan feo.

Y he vertido amargo llanto
al ver mi faz indecente...
¡Que fuera feo, corrientel
¡Pero, Dios mío, no tanto!
¿Qué dirá ¡pobre de mí!
el que conmigo te vea?
¡Siento tener cara fea
únicamente por tí!

Dirá que tienes mal gusto,
cuando mire mi retrato...
¡Vas á pasar cada rato
y á sufrir cada disgusto!..
¡Y todo por mí: lo sé!
¡Esto es cruel! ¡Bochornoso!
¿Por qué soy tan horroso?
¿Por qué? ¡Si señor! ¿por qué?

Al ver mi triste figura
se me oprimió el corazón
y exclamé con compasión:
¡Desdichada criatura!
De mi facha huyen las faldas
(quiero decir, las mujeres)
y con tal suerte—¡qué quieress!—
estoy cargado... de espaldas.
Incesantes pesadillas
roban la paz de mi alma....

¡Quién puede verse con calma
con semejantes patillas!
Mi desdicha aquí comienza
porque es mi cara tan rara
que... Y sin embargo ¡esta cara
no se me cae de vergüenza!

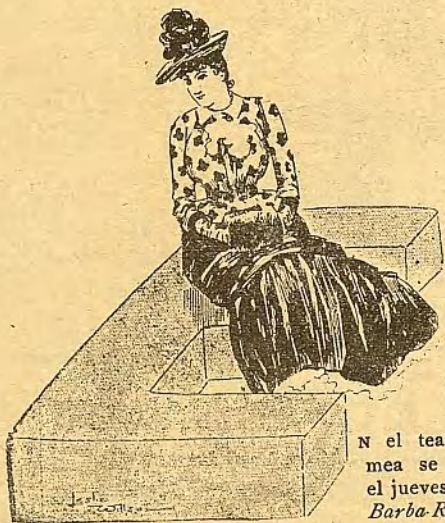
.....
Pero, en fin, si bien se ve
que mi cara causa horror

y que soy feo ¡mejor!
¿Que soy feo? Bien ¡y qué?
Me ha dicho una amiga mía
que si en retrato estoy mal
¡lo que es en original...
estoy peor todavía!

EDUARDO SAENZ HERMUA.

(*Mecachis.*)

CHIRIGOTAS



N el teatro Ro-
mea se estrenó
el jueves pasado
Barba-Roja, dra-
ma en 3 actos y

en verso, de D. Federico Soler (*Pitarra*).

Yo respeto á *Pitarra*; y cuando vuelvo los ojos atrás y veo la labor de gigante, inmensa y titánica que él—verdadero creador del Teatro Catalán—ha llevado á cabo, mi respeto se convierte en veneración. Pero esto, como es natural, no obsta para que, si es preciso, yo dé mi particularísima opinión en contra, cuando de una obra del ilustre dramaturgo se trate.

Por todo lo dicho, pueden Vds. comprender que no me gustó *Barba-Roja* y que lo considero, por varios conceptos, como obra inferior á lo que daba derecho á esperar el talento de su autor. No lo ha apreciado así el público que, según me han dicho, invade el teatro, siempre que el nuevo drama se pone en escena, y yo lo celebro con toda mi alma y por ello felicito al autor con toda sinceridad: con la misma sinceridad con que le digo que su obra no me ha gustado.

Un aplauso á Borrás por la acabada interpretación que, en los días que siguieron al del estreno, dió al tipo de Barbarroja; otro aplauso á Riutort.... y pare Vd. de contar. ¡Siento no poder dar más aplausos!

Pero, en fin, ¡otro día será! como dicen los pobres cuando no pueden obtener limosna.

Y... ahora que hablo de teatros.

Me han dicho que algunos actores del Novedades se han sentido molestados por algo de lo que les dijo LA SEMANA CÓMICA en su número pasado.

Conste que no fué mi intención ofenderles. Hablé del estreno de una obra y dí, acerca de los actores que la representaron, mi humildísima opinión: errada ó acertada que eso no soy yo quien debe decirlo, pero sincerísima é imparcial; como siempre.

Esto por lo que respecta á los actores todos del Novedades; que por lo que á la dirección artística del teatro se refiere... quiero y debo decir dos palabritas al Sr. Tutau.

Me han dicho, señor D. Antonio Tutau, director del Teatro Catalán instalado en Novedades, que Vd., y sólo Vd., acostumbra á dirigir los ensayos de las obras que en ese teatro se ponen en escena, y que lleva Vd. esta costumbre (¡mala costumbre, mi respetabilísimo señor Don Antonio!) al extremo de no permitir que dirijan los autores, á gusto suyo, los ensayos de sus propias obras.

¡Yo juro á Vd. que después de calentarme muchísimo los cascós, no he podido todavía averiguar de que tratado de lógica ha sacado Vd. las reglas que le autorizan á proceder de este modo!

¿No es el autor de una obra el amo y señor absoluto de ella? ¿No son de él las situaciones, frases, efectos, etc, que en la obra figuran? ¿No los ha visto él, al concebirlos, mejor, muchísimo mejor de lo que pueda verlos Vd., por mucha práctica teatral y por mucho ojo escénico que Vd. tenga?

Yo aseguro á Vd. que el día que yo sea autor (y lo seré ¡vaya si lo seré! por lo mismo que no sirvo para el caso) no sucedería conmigo lo que...

¡oh vergüenza y rubor! ¡oh grande afrenta!
sucede con los autores catalanes.

Claro está que si se tratara de cualquier otro teatro yo no habría escrito una palabra de lo que escrito queda. ¡Consideraría que es esa una de tantas anomalías como diariamente ocurren en los escenarios!

Pero se trata del teatro de Novedades; del que, con el Romea, comparte la representación del Teatro Catalán... y hay cosas que no pueden ni deben pasar sin protesta.

¡Por la debilidad de carácter de los autores catalanes lo juro!

Que es jurar bien, porque es jurar por algo cierto y positivo...

LA SEMANA COMICA
EL PROBLEMA SOCIAL, por Mecachis.



Voy á escribirle á Cánovas que veo eso del problema social muy intrincado y que por ahora siento no poder auxiliarle con mis consejos.



ANUNCIOS



LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos
y los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona.	Trimestre. 2'50 ptas.
Fuera.	Semestre. 5 »

— NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS
NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO —

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.

UNICA ENCARGADA

de la venta y expendición de

➤ LA SEMANA CÓMICA ◀
en Bilbao.

D.ª TERESA IRALA

KIOSCO DE LA PLAZA NUEVA

BIBLIOTECA

— de —

LA SEMANA COMICA

Se publicará pronto y contendrá novelas, poemas, etc., de los más reputados autores.

En prensa el tomo primero, ilustrado por Cilla, Escaler, Pons y Mecachis.

PRECIO: 2 REALES TOMO